

La mision pacificadora de Mezzabarba, unida á las concesiones que, aparte del decreto pontificio, habia creído deber hacer en atencion á las razones alegadas, concesiones todas que después fueron anuladas por Benedicto XIV á favor de la bula *Ex quo singulari*, expedida en 1742, todo propendia á reanimar las querellas. Visto por los misioneros que el Legado autorizaba lo que el Papa habia prohibido, trataron de parapetarse tras este inesperado baluarte, y continuaron las hostilidades y su apostolado. Habiendo fallecido Kang-Hi en 20 de setiembre de 1722, el primer cuidado de Yong-Tching, su heredero, se redujo á proscribir de todo el imperio las leyes y el culto de la Iglesia católica; declarando á los PP. Parrenin, Gaubil, Maillac, Bouvet, Jartoux, Regis, Tartre, Henderer, Domange, Entrecolles, Jacobo Suarez, Kægler, Mangailhens, Slavischek, Rezende, Contancin, Challier, Hervieu, Prémare, Staidlin y Porquet, que como los demás Jesuitas eran protegidos á causa de sus talentos, y que trabajaban por mitigar las órdenes de persecucion, que estas medidas rigorosas le eran impuestas por los mandarines de las provincias y por el pueblo, porque creian que peligraba su religion. Durante el espacio de diez años, los Jesuitas, cuyos talentos respetaba Yong-Tching como los habia respetado su padre, pugnaron continuamente por hacer derogar los decretos de intolerancia; pero sin obtener resultado alguno. Los mismos príncipes de la sangre, que han tenido valor para abrazar el cristianismo, se ven desterrados, despojados de sus bienes, y amenazados con la muerte mas cruel, al paso que los misioneros de todas las Órdenes son relegados á Macao; pero tanto estos, como los neófitos de la familia imperial y los demás catecúmenos, aceptan las consecuencias del principio cristiano, y toleran, sin prorumpir en la menor queja, el destino que se han conquistado. Únicamente los Jesuitas hallaron gracia á los ojos del Emperador; aunque no por su cualidad de sacerdotes. Yong-Tching apreciaba la erudicion, y en este concepto le agradaban los discípulos de Ignacio. Estos habian trazado el mapa de la China, habian desarrollado las ciencias exactas, le habian prestado importantes servicios en lo respectivo á la legislacion y astronomía, y habian sido sus negociadores cerca del czar Pedro I; razones todas que le obligaban, á fuer de agradecido, á colmarlos de honores en público, mientras que en secreto ponía toda especie de obstáculos á su minis-

terio. Habianse dedicado á fundar varias casas de expósitos en Pekin, Canton, Nanquin, y las ciudades mas principales; y visto por los chinos que estos párvulos abandonados de sus padres encuentran en la Compañía otra paternidad, que los arranca á la muerte, los alimenta y los instruye, se llenan de admiracion, y dejan á cargo de la ley el proceder contra una humanidad que acusa su barbarie. Pasando Gaubil á apreciar esta singular posicion de los Jesuitas, escribe desde Pekin al P. Maignam, residente en Paris, con fecha del 6 de octubre de 1726:

«Los Jesuitas poseen aquí tres magníficas iglesias, en las que
«se bautizan anualmente tres mil expósitos. Segun lo que puedo
«conjeturar por las confesiones, existen en esta capital unos tres
«mil cristianos que frecuentan los Sacramentos; si bien es ver-
«dad que el número de ellos asciende á unos cuatro mil, en el
«que se cuentan solamente cuatro ó cinco mandarines de los de
«orden inferior, dos ó tres letrados, y el resto se compone de po-
«bres. No sé á punto fijo el número de letrados y mandarines que
«siendo cristianos no frecuentan los Sacramentos, y no alcanza
«mi razon á comprender cómo han de atreverse en estas circuns-
«tancias á practicarlo, si les es indispensable observar los decre-
«tos del Papa. Los príncipes católicos, cuyo fervor y desgracias
«habeis sabido, así como otros dos príncipes que se hallan en esta,
«han tenido que renunciar á sus títulos y empleos para poder vi-
«vir como cristianos. Los letrados y funcionarios públicos, que
«anhelan abrazar el cristianismo, se alejan de nosotros cuando
«les publicamos los decretos pontificios; y de aquí es que no se
«bautizan mas que los pobres. Como el Emperador no es aficiona-
«do á la Religion, los príncipes y magnates que le rodean huyen
«de nosotros; siéndonos raras veces permitido el acceso al pala-
«cio. Verdad es que el Soberano nos necesita para el tribunal de
«las matemáticas, para los asuntos de los moscovitas, y para los
«instrumentos y demás máquinas que vienen de Europa: sabe
«tambien que si nos expulsa de esta capital y de Canton, dejarán
«de acudir los comerciantes á este último puerto; pero estas, y
«nada mas que estas, son las razones que le impelen á tolerarnos,
«y aun á dispensarnos de cuando en cuando algunas gracias ú
«honores extraordinarios. En una palabra, le somos sospechosos,
«y mil enemigos secretos le hablan en contra nuestra. Las pasa-
«das disputas, las embajadas de ambos Patriarcas, la idea gene-

«ralmente esparcida de que no tenemos obediencia filial, y que
«nada estable tenemos en nuestras leyes, todo esto hace despre-
«ciables en el día á los misioneros; de manera, que si continua-
«mos tres ó cuatro años seguidos en este estado, se acabó todo,
«mi reverendo Padre; la Religion se hunde en este país, y se
«hunde sin remedio.

«Mientras estemos en Canton nos será fácil socorrer á los Cris-
«tianos de esta provincia y la de Nanquin, cuyo número, en las
«solas dos ciudades de Chang-Nan y Song-Kiang asciende á
«cien mil, los cuales han obtenido secretamente de los mandari-
«nes que les dejen dos ó tres Jesuitas portugueses, á mas de otros
«dos chinos sacerdotes del Instituto que se ocupan en recorrer
«las cristiandades de Nanquin. Dificil es saber, mi reverendo Pa-
«dre, si los PP. Henderer, Porquet y Jacquenin, que sostienen
«las de Tsiang-Lang, en esta última provincia y la isla de Tsim-
«Kim, podrán realizarlo por mucho tiempo. Las de Chamsi y
«Cherosi son socorridas por un Jesuita chino y cuatro Francis-
«canos ocultos; las de Hou-Kang, por un eclesiástico indígena
«y un Jesuita portugués, tambien ocultos; y nosotros vamos á
«tomar algunas medidas seguras para prestar nuestro apoyo á la
«hermosa mision del P. Domange, Jesuita francés, en el Hou-
«Ang y el Hou-Kang. Las cristiandades de Kian-Si han sido has-
«ta aquí secundadas por cinco Dominicos ocultos en el Fo-Kien,
«y esperamos ver secundadas las de Chang-Lang. Las de la Tar-
«taria carecen de socorro; y lo peor es que no se dan trazas de
«remediar este mal. Los propagandistas se disponen á socorrer á
«las del Suen-Hoa. Pero ¡ ah! mi reverendo Padre, una sola voz
«que se levante en presencia del Emperador denunciando el asilo
«de un misionero, basta para perderlo todo; y si nos expulsan de
«Pekin, se concluyó todo. En el Quang-Si hay muy pocos cris-
«tianos; en el Yunnan y Queislan no se han formado aun cris-
«tiandades: en una palabra, yo no creo que en toda la extension
«de la Tartaria y la China exceda de 300,000 el número de los
«cristianos. Inútil es llenar de amargura vuestro corazon asegu-
«rándoos que, á no haber sido por las disputas pasadas, se po-
«drían contar en la actualidad cuatro ó cinco millones de católi-
«cos en sola la China.

«Los Jesuitas franceses han tratado de establecer en Canton la
«buena obra de bautizar á los niños expósitos; avanzando de tal

«modo en ella el P. Bodin, santo misionero, que creo, y no sin
«fundamento, que en el transcurso de dos años ha suministra-
«do el Bautismo á dos mil párvulos que todos han ido al cielo. Á
«no haber sido por la persecucion, se hubiera inaugurado es-
«ta buena obra en todas las principales poblaciones, y en breve
«se hubieran enviado anualmente á la gloria mas de veinte mil
«niños.»

En seguida entra Gaubil en los pormenores de la persecucion
que aguardaba á los misioneros y sus neófitos; y protestando con-
tra las inculpaciones de que era objeto la Compañía de Jesús en
lo respectivo á las ceremonias chinas, termina de este modo su
carta: «Perdonad, mi reverendo Padre, estos conceptos mal di-
«geridos, y escritos por una mal cortada pluma. Tengo que ha-
«cer mil cosas, y pesa sobre mi corazon la mas profunda amar-
«gura: por lo demás, disfruto de una completa salud y fuerzas.
«Á mas del idioma chino, he aprendido bastante del tártaro, y,
«mediante un corto ejercicio, espero ser útil por este lado. Obe-
«deciendo á la órden de mis superiores, comunico á los señores
«de la Academia varias observaciones astronómicas, al paso que
«á otros literatos lo mas curioso é importante que hallo en la his-
«toria china y en la astronomía antigua de esta nacion. Pero ha-
«blando sin ambages, si ejecuto todo esto es solo por obedecer, y
«de mala gana, porque prefiero bautizar, confesar, administrar
«la Eucaristía, y especialmente instruir á los infieles, á cuanto
«hay en el mundo. Hacemos poco, pero tratamos de disponernos
«á emprender mucho.»

Únicamente por *obedecer*, y de *mala gana*, se correspondia este
Misionero con las Academias científicas de Paris y Petersburgo,
que se honraban con admitirle en su seno; habia pasado á la Chi-
na con el objeto de conquistarse una gloria mundana, y solo pen-
saba en instruir á los pobres é ignorantes. Escribiendo desde Pe-
kin al P. Souciet, con fecha del 26 de noviembre de 1728, revela
Gaubil en la simplicidad de sus ambiciones el fruto que espera de
sus tareas literarias: «Sé, dice á Souciet, que V. R. abunda en
«celo, y no faltan objetos en que emplearle. Suplícoos que aten-
«dáis en particular á la buena obra de los niños expósitos de esta
«ciudad y de Canton: nada mas hermoso que esto; y me reputa-
«ría muy afortunado si, por lo mismo que os envío yo, tuviéseis
«ocasion de dar á conocer á los poderosos la importancia de la

«buena obra. He escrito á muchos sugetos, y no sé si habrá sido «con algun éxito.»

Parrenin, que se hallaba en la actualidad ejerciendo las funciones de gran mandarin, y que, mediador entre los rusos y chinos, se veia colmado de favores por parte de Pedro el Grande, rivalizaba en celo, de consuno con Bouvet, el geógrafo imperial, con el P. Gaubil; valiéndose, como él, de la ciencia para captarse la amistad del Príncipe en provecho de la humanidad. Sustrayéndose á cada momento á los goces que pudiera el palacio proporcionarles para socorrer á los indigentes y párvulos, hacian de la caridad la mas grata de sus ocupaciones; no haciendo caso de la gloria científica que colmaba sus afanes, sino en cuanto servia á secundar sus buenas obras. Y sin embargo, si se ha de dar crédito á Rémusat, juez competente en esta materia, esta gloria resonaba á lo léjos. «Enviado Gaubil á la China en 1723, dice el «orientalista ¹, dedicóse desde luego á estudiar los idiomas chino y mandchuo, en los que hizo tan asombrosos progresos, que, «segun el P. Amiot, los mismos doctores indígenas se veian precisados á aprender de él. Llenábanse de asombro estos graves y «orgullosos letrados al ver que este hombre, llegado allí de un «extremo del mundo, les ponía en claro los lugares mas difíciles «del King, les formaba el paralelo de la doctrina de los antiguos «con la de los modernos... y todo con una precision y una facilidad, que los obligaba á confesar que la ciencia de este doctor «europeo sobrepujaba en mucho á la suya. Estos estudios, capaces «de absorber la vida de un hombre, no bastaban á saciar el infatigable talento del Misionero, cuya aplicacion se hallaba compartida, aunque sin debilitarse en lo mas mínimo, entre los deberes «de su estado, que llenaba con ardor y constancia, las ciencias «y la astronomía, de que siempre se ocupó con predileccion.

«Bien pronto se vió distinguido y nombrado por el Emperador «intérprete de los europeos, á quienes recibia la corte china como artistas ó matemáticos, al paso que los rechazaba ó perseguia como misioneros; y habiendo fallecido el P. Parrenin, á «cuyo cargo se hallaba la direccion del colegio de los jóvenes «mandchús, fue escogido Gaubil para sucederle. Nombróle además «más intérprete del latin y tártaro, cargo que, merced á las relaciones establecidas entre la Rusia y la China, pasó á ser muy

¹ Biografía universal, artículo Gaubil.

«importante. Traducir del latin al mandchú; de este ó del chino «al latin; hacer concordar los idiomas mas disparatados que pueden crear el ingenio humano; escribir, hablar, componer y redactar, en medio de unos hombres los mas amantes de la exactitud, y los mas adictos á las minuciosidades de su lengua y escritura; llenar todo este cúmulo de deberes á todas horas, sin «preparacion, delante de los ministros, y aun del mismo Emperador; exponerse á los equívocos que no pueden menos de tener lugar entre los rusos y chinos; superar todos estos obstáculos durante el periodo de mas de treinta años, y merecer de «todas partes el aprecio y la admiracion mas bien fundada, hé aquí uno de los títulos por donde Gaubil se hizo acreedor á la «gloria, sin contar otros muchos que nos presenta este ilustre misionero. Difícil se hace concebir á dónde iba á buscar el tiempo «que debe haberle consumido la composicion de sus obras, casi «todas completas y profundas, y que versan sobre las materias «mas espinosas ¹.»

Apoderábanse las Academias de Europa de sus inmensos trabajos: cogian al vuelo sus ideas y descubrimientos; apropiábanse los; los explotaban á su antojo, y ni siquiera se dignaban honrar con un recuerdo de gratitud al oscuro misionero, que consagraba su existencia al ensalzamiento de la ciencia y de la caridad. Demasiado sabian ellos que tal era la recompensa destinada á sus afanes, pero no por eso los continuaban con menos ardor; y como escribia el P. Gaubil á su colega Souciet: «Aun nos damos «por muy satisfechos si cuando llega la ocasion, tratan los miembros del Observatorio de secundarnos en la construccion y ensayo de las retículas, micrómetros y anteojos, y si se dignan «examinar las observaciones, ó piensan en aprovecharse de ellas. «Nada me importa que me nombren ó no en sus escritos: lo que «deseo es que se sepa que todo dimana de los Jesuitas franceses, «costeados por el Rey en la China; y esto lo hago por el bien comun, no por el que á mí puede resultarme, porque de todos los «misioneros soy el que menos elogios merece.»

¹ El P. Gaubil publicó un *Tratado histórico-crítico de la astronomía china*, la traduccion del *Chou-King*, obra que, segun Rémusat, constituye la gloria del Jesuita, y la *Historia de Gentchiscan y toda la dinastia de los Mongoux*, otra de las obras que, segun el mismo Rémusat, hubiera bastado á formar la reputacion de cualesquiera otro escritor.

Tales son los sentimientos de todos los Jesuitas : es verdad que siempre posponen la ciencia á Dios y á la humanidad ; pero conocen que su obra está condenada á la esterilidad. Pensando que las controversias pasadas sobre las ceremonias chinas habian herido de muerte al cristianismo, solo se dedicaron á neutralizar su caída, procurando con esta intencion hacerse mas indispensables que nunca. La muerte de Yong-Tching y el advenimiento de Khiang-Loung al trono, en nada debilitaron la pujanza que se habian creado : rechazábanlos como misioneros, y se hacian apreciar como astrónomos, matemáticos, analistas, geógrafos, médicos, pintores y relojeros. Habiendo logrado salvar en el año de 1737, segundo del reinado de Khiang-Loung, un gran número de expósitos, se ven acusados ante la sala del crimen, que no tarda en castigar á estos culpables de la beneficencia : interceden en su favor los PP. Kægler y Parrenin ; y sus solicitudes no son atendidas : dirígese al Soberano el pintor Castiglione, coadjutor de la Compañía, y apreciado de Khiang-Loung á causa de sus talentos, y obtiene el objeto de su demanda. Pero habiendo muerto Parrenin el 27 de setiembre de 1741, escribió el P. Challier al provincial de Lyon, deplorando en estos términos la nueva desgracia de las cristiandades chinas : « Esta mision acaba de experimentar una pérdida que nos es y nos será largo tiempo infinitamente sensible : acaba la muerte de arrobarnos al P. Parrenin, á la edad de setenta y siete años, y á los cincuenta de su ingreso en la Compañía. Parece que, por una providencia particular, le habia formado Dios para ser en circunstancias difficilísimas el apoyo y el alma de esta mision ; puesto que á todas las cualidades del cuerpo y del espíritu, cuyo conjunto le hizo uno de los operarios mas celosos é infatigables que nuestra Compañía ha suministrado á la China, reunia una constitucion robusta, cuerpo alto y bien formado, aspecto majestuoso, fisonomía venerable, sorprendente facilidad para expresarse en los distintos idiomas que habia aprendido, memoria feliz, ingenio vivo, exacto y penetrante ; agregaba á todo esto la multiplicidad de nociones que adquiriera en sus prolongados viajes, y las ocupaciones que pesaron siempre sobre él : imposible os parecerá que se hallen reunidas en un solo individuo tantas dotes. »

Entre tanto, Benedicto XIV, que habia conocido la necesidad de poner un término á los debates sobre las ceremonias chinas y

los ritos malabares, pasó á resolver por medio de sus bulas *Ex quo singulari*, y *Omnium sollicitudinum*, expedidas la primera en 11 de julio de 1742, y la segunda el 12 de setiembre de 1744, todas las dudas, zanjando todas las dificultades, y sacrificando lo incierto á lo cierto, las esperanzas del porvenir á las realidades del presente. Los Jesuitas del Maduré no solo no habian aguardado la promulgacion de la bula de Benedicto para obedecer la Santa Sede, sino que, reuniéndose los PP. Legac, Montalembert, Turpin y Vicari, remitieron á Dumey, gobernador de Pondichery, un acta de adhesion concebida en estos términos : « Nosotros los abajo firmados declaramos haber aceptado, y aceptamos de muy buena gana, el decreto de Nuestro Santísimo Padre Clemente XI, « prometiendo guardarle sin ambages ni reticencias de ninguna especie, y hacerle guardar en nuestra mision. » Los Jesuitas de la China é Indias habian redactado separadamente una declaracion idéntica ; pero habiéndose retardado, á causa de la distancia, la llegada á Roma de estos despachos, lanzó contra ellos Benedicto XIV la siguiente acriminacion : « Una vez promulgada la bula *Ex illa die*, á favor de la cual creia Clemente XI haber puesto un término á las disputas, parecia justo y conveniente que unos hombres que hacen profesion especial de obedecer á la Santa Sede se sometiesen con humildad y sencillez á este solemne fallo ; y á nadie era dado esperar que suscitasen nuevos obstáculos. Y sin embargo, esos hombres desobedientes y quisquillosos creyeron poder eludir las prescripciones de la bula, « por la sola razon de que no llevaba otro epígrafe que la palabra precepto, y por consiguiente, carecia de la fuerza de una ley inmutable, reduciéndose solamente á un precepto positivo eclesiástico, ó quizás lo habrán hecho persuadidos de que la bula habria sido invalidada por ciertas permisiones que otorgara el patriarca de Alejandria, Ambrosio Mezzabarba, cuando desempeñaba en aquel país las funciones de comisario y visitador apostólico. »

Á vista de esta sentencia, que, á pesar de su disfraz, ajaba cruelmente á los Jesuitas, no solo no profirieron una queja, sino que todos ellos se sometieron sin distincion, sin reserva, y sin que desde el Asia á la Europa se oyese otra voz que la de la obediencia. Algunos Padres habian podido hasta entonces adherirse á sus ideas, y hacerse un arma de la perplejidad de la Santa Sede con

respecto á condenar sus doctrinas; porque el bien relativo de la Iglesia amnistiaba á sus ojos á una resistencia condicional; pero luego que se dejó escuchar la voz del sucesor de Pedro, todos la aceptaron como regla de su conducta. Así en Pekin como en Macao, en Su-Cheu como en Meliapour, en el Maduré como en las costas de Pesquería, en la Cochinchina como en Siam, en el Malabar como en Goa, en lo interior de los bosques y desiertos como en lo mas elevado de las montañas inaccesibles; en una palabra, do quier que habia Jesuitas, se adhrieron estos de corazón y de voluntad á los decretos de Benedicto XIV. Habian combatido mientras creyeron tener el campo libre; mas visto que la Santa Sede reprobaba y vituperaba esta lucha santa aun en sus culpables rebeliones, los hijos de Loyola depusieron las armas, y jamás volvieron á tomarlas.

Su deferencia al fallo pontificio fue, como lo habian previsto, la señal de la caída del cristianismo en las riberas del Ganges y del rio Amarillo. Inaugurada en Fo-Kien la persecucion de que fueron las primeras víctimas los PP. Abornico, Erbieu, Cibot, Challier, Beuth y de San Andrés, no tardó en propagarse como un vasto incendio, y bien pronto perecieron entre los horrores de sus suplicios los PP. Dugad, Roberts, Neuviale, Athemis y Enriquez. Pero, si estimulados los mandarines de las provincias por la ambicion de los bonzos, se asociaron por todas partes á esta reaccion; el Emperador, que no ignoraba los servicios que prestaran en todo tiempo los Jesuitas, dejaba reposar, en favor de sus astrónomos y negociadores, las leyes del ostracismo.

Honrados como literatos con los favores imperiales, al paso que maldecidos como sacerdotes católicos, trataron de conformarse con la posición que se les reservaba. El P. Ventavon residia en la corte en calidad de mecánico del Emperador; los coadjutores Castiglione y Attiret habian llegado á ser sus pintores predilectos, y el P. Hallerstein se hallaba al frente del tribunal de las matemáticas. Creando unos los relojes con figuras de movimiento; exigiendo otros de las bellas artes ó de la industria alguna invencion digna de agradar á Kiang-Loung, y poniendo todos en tortura su imaginacion para conjurar el huracan que amenazaba á los Católicos, pasa el P. Miguel Benito á formar una aplicacion de las leyes de la hidráulica. Los surtidores, cuyo mecanismo no era aun conocido en la China, excitaron de tal modo los aplausos

de la corte y del Soberano, que anhelando este verlos multiplicados en sus jardines, encargó al Jesuita la direccion de los trabajos, ofreciéndole con esto una ocasion de verle con frecuencia, y de combatir sus preocupaciones contra el cristianismo y los europeos. Y no es esta la única tarea á que se condena llevado de un interés religioso; estudia la manera de grabar al buril y al agua fuerte: dedícase á la construccion de láminas en dulce; forma artistas; inicia al Emperador en el uso del telescopio de reflexion y en los misterios de la máquina neumática, y el 23 de octubre de 1774 sucumbe, por fin, al peso de sus fatigas. Artista durante el dia, para poder en el silencio nocturno fortificar la perseverancia de sus catecúmenos, muere llevándose consigo el sentimiento del Emperador y de todos los Jesuitas. Los PP. Arocha y Sikelport fueron con él las últimas columnas de esta cristiandad, en cuyo provecho agotaron sus generosos esfuerzos: y mientras que en Tong-King, el Maduré, la Cochinchina y el Indostan, perecian los PP. Álvarez, Cratz, Abreu y Acuña bajo el sable de sus verdugos, errantes los demás, ó abandonados al encano de sus enemigos, veian hundirse sus iglesias á la manera que en Europa se hundia su Sociedad.

FIN DEL TOMO CUARTO.

NOTA. La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.